

Agatha Christie®

TELÓN



La última **AVENTURA**
del célebre
HÉRCULES POIROT

AGATHA CHRISTIE

TELÓN

Traducción de Alberto Coscarelli



Curtain, Copyright © 1975 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

El logo del monograma AC y el icono de POIROT son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, POIROT y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.
Usados con permiso.

Agatha Christie

Traducción de Alberto Coscarelli

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: abril de 2022
ISBN: 978-84-670-6564-0
Depósito legal: B. 4.161-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

¿Quién no ha sufrido alguna vez un repentino sobresalto al revivir una vieja experiencia o al sentir una antigua emoción?

«He hecho esto antes...»

¿Por qué esas palabras siempre nos conmueven tan profundamente?

Esa era la pregunta que me formulé mientras viajaba en el tren con la mirada puesta en el llano paisaje de Essex.

¿Cuántos años habían pasado desde que hice este mismo trayecto? ¿Había sentido entonces (menuda estupidez) que lo mejor de mi vida había terminado! Herido en una guerra, que para mí siempre sería un trauma, una contienda barrida ahora por una segunda mucho más desesperada.

En 1916, el joven Arthur Hastings creía que ya era viejo y caduco. No me había dado cuenta de que, para mí, la vida solo estaba empezando.

Viajaba entonces, aunque no lo sabía, al encuentro del hombre cuya influencia moldearía mi vida. En realidad,

iba a pasar una temporada con mi viejo amigo John Cavendish, cuya madre, que había contraído segundas nupcias hacía poco, tenía una mansión campestre llamada Styles. Un placentero reencuentro con viejas amistades, eso era lo único que ocupaba mis pensamientos, sin saber que dentro de muy poco me vería envuelto en los oscuros entresijos de un misterioso asesinato.

Fue en Styles donde volví a cruzarme con aquel hombre extraño, Hércules Poirot, a quien había conocido por primera vez en Bélgica.

Recordaba con toda claridad mi asombro al descubrir aquella figura que avanzaba cojeando, en la que destacaban unos bigotes descomunales.

¡Hércules Poirot! Desde aquellos días, ha sido mi amigo más querido y su influencia ha moldeado mi vida. En su compañía, mientras perseguíamos a otro asesino, conocí a mi esposa, la más dulce y fiel compañera que cualquier hombre pudiera desear.

Ahora yace en tierra argentina, como había deseado, sin una larga y penosa agonía, ni afectada por las debilidades de la vejez. Pero ha dejado atrás a un hombre muy solitario y desdichado.

¡Ah! Si pudiera dar marcha atrás y vivirlo todo otra vez, si este pudiera volver a aquel día de 1916 en que había viajado a Styles por primera vez... ¡Cuántos cambios han ocurrido desde entonces! ¡Cuántas ausencias entre los rostros conocidos! Los Cavendish habían vendido Styles. John Cavendish estaba muerto. Su viuda, Mary (aquella criatura fascinante y enigmática), vivía ahora en Devonshire. Laurence residía con su esposa y sus hijos en África del Sur. Cambios, cambios por todas partes.

Pero, curiosamente, había algo que seguía siendo justo igual. Regresaba a Styles para encontrarme con Poirot.

Me había quedado estupefacto al recibir su carta con el membrete de Styles Court, Styles, Essex.

No había visto a mi amigo desde hacía casi un año. La última vez me había sentido asombrado y triste. Era ahora un hombre muy anciano y casi paralizado por la artritis. Había viajado a Egipto con la esperanza de encontrar algún alivio, pero había regresado, así me lo decía en la carta, peor que antes. Sin embargo, escribía con alegría:

¿No le intriga, amigo mío, ver la dirección desde donde le escribo? Le trae viejos recuerdos, ¿verdad? Sí, estoy aquí, en Styles. Figúrese, ahora es lo que llaman una casa de huéspedes, dirigida por uno de sus viejos coroneles, de esos apegados a las rancias tradiciones. Es su esposa, bien ententu, quien consigue que sea rentable. Es una buena administradora, pero tiene una lengua viperina y el pobre coronel es quien paga su mal genio. ¡Yo, en su lugar, ya le habría partido la cabeza de un hachazo!

Vi un anuncio en el periódico y me hizo ilusión volver una vez más al lugar que fue mi primer hogar en este país. A mi edad, se disfruta reviviendo el pasado.

Entonces, figúrese usted, encontré aquí a un caballero, un baronet que es amigo del jefe de su hija. (Esta frase se parece un poco a un ejercicio de francés, ¿no cree?)

Inmediatamente concebí un plan. El baronet quiere convencer a los Franklin de que vengán a pasar el verano aquí. Yo, a mi vez, le persuadiré a usted y todos estaremos juntos, en familia. Será muy agradable. Por lo tanto, mon cher Has-

tings, dépêchez-vous, venga con la mayor celeridad. Le he reservado una habitación con baño (como comprenderá usted, nuestro viejo y querido Styles ha sido reformado) y además he discutido el precio con la feroz señora Luttrell hasta conseguir un acuerdo tres bon marché.

Judith, su encantadora hija, y los Franklin llevan aquí algunos días. Todo está arreglado, así que no me venga con cuentos.

À bientôt,

Muy afectuosamente,

Hércules Poirot

La perspectiva era tentadora y cedí a los deseos de mi viejo amigo sin la menor vacilación. No tenía ataduras ni casa fija. En cuanto a mis hijos, uno estaba en la Marina, el otro casado y a cargo de nuestra finca en Argentina; mi hija Grace se había desposado con un militar y, en la actualidad, vivía en la India; Judith, la menor de mis hijas, era a la que siempre había querido más, aunque nunca la había comprendido. Era una muchacha extraña, silenciosa, con una gran pasión por seguir sus propias ideas, que en ocasiones me había ofendido y angustiado. Mi esposa había sido más comprensiva. No es falta de confianza o de cariño por parte de Judith, me decía, sino una especie de feroz impulso. Pero a ella, lo mismo que a mí, le preocupaba mucho la muchacha. Los sentimientos de Judith, decía, eran muy intensos, muy concentrados, y era muy reservada e insegura. Pasaba por épocas de malhumorado silencio y otras de un tremendo afán participativo. Sin duda, era la más inteligente de la familia y por eso aceptamos complacidos su

deseo de emprender una carrera universitaria. Obtuvo una licenciatura en Ciencias y, casi de inmediato, entró a trabajar como secretaria y ayudante de un médico que realizaba trabajos de investigación en el campo de las enfermedades tropicales. Su esposa era inválida.

A veces me asaltaba la duda y me preguntaba si la dedicación absoluta que Judith demostraba por su trabajo y la admiración por su jefe no serían una prueba de que estaba dispuesta a entregarle su corazón, pero me tranquilizaba ver que la relación no se apartaba nunca del marco estrictamente científico.

Creía que Judith me quería, pero era muy poco cariñosa por naturaleza y, con frecuencia, despreciaba y se mostraba poco tolerante con lo que calificaba como mis anticuadas ideas sentimentales. Reconozco que a veces mi hija conseguía ponerme un poco nervioso.

Mis meditaciones se vieron interrumpidas en este punto por la entrada del tren en la estación de Styles St. Mary. Esta al menos no había cambiado, como si el tiempo no hubiese pasado. Seguía allí, en pleno campo, sin ninguna razón aparente para su existencia.

Sin embargo, mientras el taxi me llevaba a través del pueblo, vi el efecto del paso de los años. Todo estaba irreconocible. Gasolineras, un cine, dos hoteles más y multitud de casas nuevas.

Por fin llegamos a la verja de Styles. Aquí nos alejábamos otra vez de los tiempos modernos. El parque seguía igual que lo recordaba, pero la calzada se veía descuidada y los hierbajos crecían entre las grietas del pavimento. Rebasamos un recodo y la casa apareció ante nosotros. La fachada no mostraba cambio alguno y necesitaba con urgencia una mano de pintura.

Igual que aquella primera vez tantos años atrás, una mujer se afanaba entre los macizos de flores. El corazón me dio un vuelco. Entonces la mujer se irguió y se dirigió hacia mí. Me reí de mí mismo. Aquella señora no se parecía en nada a la fornida Evelyn Howard.

Era una señora mayor y de aspecto frágil, con el pelo blanco rizado, mejillas sonrosadas y unos ojos azul claro de mirada fría que no concordaban con la vivacidad de sus modales, que resultaban un tanto exagerados para mi gusto.

—Es usted el capitán Hastings, ¿no? Me encuentra usted con los dedos sucios, así que tendrá que disculparme si no le estrecho la mano. Estamos encantados de tenerle aquí, ¿no se imagina lo mucho que hemos oído hablar de usted! Me presentaré. Soy la señora Luttrell. Mi marido y yo compramos esta casa en un ataque de locura y, desde entonces, estamos intentando sacarle algún rendimiento. ¡Nunca pensé que un día regentaría un hotel! Pero se lo advierto, capitán Hastings, soy una magnífica administradora. Cargo hasta el último extra y, si no los hay, me los invento.

Ambos nos echamos a reír como si se tratara de un chiste muy divertido, pero se me ocurrió que las palabras de la señora Luttrell encerraban una verdad como un templo. Detrás de la pátina de sus amables modales de gran señora atisbé una dureza implacable.

La señora Luttrell hablaba con un leve acento irlandés, pero no tenía sangre irlandesa. Aquello no era más que una pose.

Pregunté por mi amigo.

—Ah, el pobre monsieur Poirot. Con cuánta ansia espera su llegada. Algo conmovedor. No sabe usted la pena que siento al verlo sufrir de esa manera.

Caminábamos hacia la casa y ella empezó a quitarse los guantes de jardinería.

—Su hija es preciosa —añadió—. Judith es una muchacha encantadora. Todos la admiramos muchísimo, pero yo estoy muy chapada a la antigua, sabe usted, y me parece una vergüenza y un pecado que una joven como ella, que tendría que ir a bailes y fiestas con gente de su edad, se pase el día diseccionando conejos e inclinada sobre el microscopio. Eso está bien para las feas.

—¿Dónde se encuentra ahora? —pregunté—. ¿Está por aquí?

La señora Luttrell puso cara de pena.

—Ah, la pobre. Está encerrada en aquel estudio al fondo del jardín. Se lo tengo alquilado al doctor Franklin, que se lo ha preparado a su gusto. Tiene jaulas con conejillos de Indias, pobres criaturas, ratones y conejos. No estoy muy segura de que me agrade tanta ciencia, capitán Hastings. Ah, aquí está mi marido.

El coronel Luttrell acababa de aparecer por una de las esquinas de la casa. Era un hombre muy alto, con un rostro cadavérico, ojos azules de mirada tranquila y la manía de tirarse del bigotillo canoso. Sus maneras eran nerviosas y poco decididas.

—Ah, George, este es el capitán Hastings.

El coronel me estrechó la mano.

—Ha llegado usted en el tren de las cinco... cuarenta, ¿eh?

—¿En qué otro podía venir si no? —intervino la señora Luttrell con voz agria—. Además, ¿qué importancia tiene? Llévale arriba y enséñale su habitación, George. Supongo que luego querrá ir a ver a su amigo Poirot, ¿o prefiere una taza de té primero?

Le respondí que se lo agradecía, pero que no quería té y prefería ir a saludar a mi amigo.

—De acuerdo —dijo el coronel Luttrell—. Vamos allá. Supongo que..., esto..., ya habrán subido sus cosas, ¿eh, Daisy?

—Esto es asunto tuyo, George —respondió la señora Luttrell en tono áspero—. He estado trabajando en el jardín. No puedo ocuparme de todo.

—No, no, por supuesto que no. Ya me ocuparé yo, querida.

Subimos juntos los escalones de la entrada. En el umbral nos encontramos con un hombre canoso, delgado, que salía apresuradamente con unos prismáticos. Cojeaba y tenía un rostro infantil en el que se reflejaba una expresión de ansiedad.

—Hay una pareja de herrerillos que están haciendo el nido en el sicomoro —explicó con un leve tartamudeo.

—Ese es Norton —me informó el coronel mientras entrábamos en el vestíbulo—. Un buen tipo. Loco por los pájaros.

En el vestíbulo había un gigantón junto a una mesa. Era obvio que acababa de hacer una llamada telefónica. Nos miró, al tiempo que comentaba:

—Me gustaría ahorcar y descuartizar a todos los contratistas y constructores. Nunca hacen nada bien, malditos sean.

Su enfado era tan cómico y ridículo que ambos nos echamos a reír. Sentí curiosidad por aquel hombre. Era muy apuesto, aparentaba más de cincuenta años, con el rostro muy curtido y bronceado. Tenía todo el aspecto de haber vivido siempre al aire libre y también parecía un tipo de hombre de los que ya no había, un inglés de la

vieja escuela, franco, amante de la vida en el campo y con dotes de mando.

No me sorprendí cuando el coronel Luttrell lo presentó como sir William Boyd Carrington. Estaba al corriente de que había sido gobernador de una provincia de la India, en donde se había ganado la reputación de buen dirigente. También era un excelente tirador y había destacado en la caza mayor. La clase de hombre, pensé con tristeza, que escasea cada vez más en estos tiempos de degeneración.

—¡Ajá! Me alegro de conocer en carne y hueso al famoso personaje «*mon ami Hastings*». —Se echó a reír—. Nuestro querido belga no hace otra cosa que hablar de usted. Además, por supuesto, tenemos aquí a su hija. Una gran muchacha.

—Supongo que Judith no hablará mucho de mí —repliqué sonriente.

—No, no, es demasiado tímida. A las chicas de hoy les da vergüenza admitir que tienen padre o madre.

—Los padres somos una carga.

—Bueno, yo no tengo que pasar por eso. No tengo hijos. Judith es una muchacha preciosa, y muy inteligente. Lo encuentro un tanto preocupante. —Volvió a coger el teléfono—. Espero que no le importe, Luttrell, si pongo en su sitio a la operadora. No soy un hombre paciente.

—Se lo tiene merecido.

Luttrell subió la escalera y lo seguí. Me llevó por un pasillo del ala izquierda de la casa hasta una puerta en el fondo, y comprendí que Poirot había escogido para mí la misma habitación que la primera vez.

Habían hecho cambios. Mientras caminaba por el pasillo, vi por las puertas abiertas las habitaciones en las

que habían dividido los grandes y anticuados dormitorios para duplicar la capacidad.

Mi habitación, que no era de las grandes, no presentaba ninguna modificación aparte de la instalación de un pequeño cuarto de baño y de las cañerías del agua caliente. El mobiliario era moderno y barato, cosa que me desilusionó. Hubiera preferido un estilo más en consonancia con la arquitectura de la casa.

El equipaje ya estaba en la habitación y el coronel me explicó que el cuarto de Poirot se encontraba al otro lado del pasillo. Se disponía a acompañarme cuando una voz aguda y chillona gritó desde el vestíbulo: «¡George!».

El coronel dio un bote como un caballo nervioso. Se llevó la mano a los labios.

—¿Cree que estará cómodo? Llámeme si necesita cualquier cosa.

—¡George!

—Ya voy, querida, ya voy.

Se marchó casi corriendo. Lo vi alejarse. Después, con el corazón latiéndome un poco más rápido, crucé el pasillo y llamé a la puerta de la habitación de Poirot.